

Cinco aproximaciones a la realidad, a eso que hay allí afuera. Artículo publicado en la revista *Transversal* núm. 21, año 2003

1.

Ayer estuve a punto de emborracharme hasta morir.

Nos habían invitado a una asamblea para discutir diferentes propuestas de la asociación de actores y directores para luchar contra la guerra. 80 personas encerradas en un teatro del centro de Barcelona cedido amablemente por el principal empresario del sector. Se discutían propuestas como la lectura en la vía pública de textos diversos, aunque se planteaba el problema de que nadie sabía qué textos leer y se necesitaba la colaboración de músicos callejeros para amplificar las voces. También se discutía la conveniencia de hacer una tortilla española gigante, si bien había un grupo de asamblearios que consideraba que no se trataba de dar de comer a la gente sino de “darle la vuelta a la tortilla” y que podía hacerse perfectamente con una tortilla de cartón piedra. Otra de las 14 comisiones que estaba trabajando contra la guerra propuso llevar velas encendidas de un teatro a otro antes de iniciar las representaciones, pero esta propuesta fue casi desestimada porque se consideró que los allí presentes no teníamos suficiente disponibilidad horaria como para hacer el recorrido todos los días y, además, un actor famoso dejó claro que él no estaba dispuesto a que se alteraran las expectativas del público con un acto así; que, en todo caso, las velas tenían que llegar al final de la representación para que el público que no quisiera ver el acto simbólico pudiera irse libremente.

Después de una hora y cuarto de asamblea decidimos irnos. Yo tenía los ojos húmedos y me sentía como si me hubieran dado una paliza. Agnès gritaba y Juan buscaba desesperadamente un bar. Nos metimos en el primero que encontramos y pedimos cerveza, litros de cerveza, mientras Agnès no paraba de hacer llamadas para conseguir cualquier droga que nos ayudara a morir, aunque solo fuera un poco. Estábamos tristes, infinitamente tristes, al darnos cuenta de lo que ha sido del teatro después de 20 años de políticas conservadoras. El teatro se ha convertido en aquello que ocurre a un grupo de gente encerrada en edificios de lujo cuando ya solo es capaz de discutir de nimiedades.

2.

Hace una semana un grupo de espectadores fieles al Teatre Lliure, espectadores que llevan años viendo todo lo que allí se estrena, enviaron una larga carta quejándose del espectáculo que acabábamos de estrenar¹. Era la primera vez que se dirigían al Teatre Lliure para expresar su desacuerdo con la programación y se mostraban estafados por lo que consideraban un espectáculo indigno de una sala con una historia como la del Lliure.

No suelen entristecerme cartas así pero me hacen pensar. La del otro día me hizo pensar en la soledad. Estuvimos comentándola con los actores en el camerino antes de empezar la función. Ellos se estaban estirando y yo les contaba la carta. Luego, al empezar la función, me quedé solo en el camerino y pensé en la distancia que nos separa del “público de teatro”, la distancia que nos separa del teatro. La distancia cada día mayor que separa el teatro y la realidad.

¹ El 20 de Marzo del 2003 se estrenó en el Teatre Lliure de Gràcia *Bones Intencions*, espectáculo que dirigí y en el que participan Agnès Mateus, Mia Esteve, Ruben Ametllé y Juan Navarro.

Siempre acabo excusando a estos espectadores diciendo que están formados en otras estéticas, en otros discursos; que forman parte de otra generación, que es como meter al público de la Orquesta Sinfónica de Barcelona a ver un concierto de Motorhead. Pero me parece una mala excusa para rehuir lo que de verdad ocurre: cada día necesitamos que nuestra vida se parezca más a una ficción. La ficción de la seguridad total, la ficción de las casas equipadas en Ikea, la ficción de una vida con sentido, como en las películas americanas. Y el teatro no escapa de esa necesidad de mentira de la que estamos presos. Cualquier síntoma de realidad es vivida como una agresión a la perfección inmaculada de la obra de arte en la que intentamos convertir nuestras propias vidas. Me parece que es por todo ello que los espectadores envían cartas al ver nuestros espectáculos.

3.

Una mañana estábamos ensayando *De la impossibilitat de ser a tot arreu* y no se muy bien por qué, pregunté a Juan qué era lo que más le dolía. Así son nuestros ensayos: preguntas, conversaciones, ideas. Juan estaba encima del escenario, lo pensó unos momentos y contestó muy serio, sin levantar la mirada del suelo, “lo que más me duele es estar sobre un escenario representando un personaje. Es algo que me hace sentir realmente mal”. Me sorprendió la respuesta porque salía del estómago, era de verdad.

Me pregunto por qué nos ocurre. Hay quien piensa que hacemos espectáculos fragmentarios, sin género concreto, sin vestuario, por el placer de hacerlos así. Hay incluso quien piensa que es pura pedantería, anhelo de modernidad. Hay espectadores que nos llaman radicales, que nos acusan de tener afán de provocación. (A mi siempre me ha parecido mucho más radical y arriesgado poner en escena un autor del XVII, sin ni siquiera variar una coma -recortando un poco, eso sí- que hablar de las cosas que nos pasan por la cabeza hoy en día, por muy idiotas que puedan llegar a ser). No, no somos ni radicales, ni modernos. Pero hace mucho tiempo que renunciamos a tener una visión global del mundo y, por tanto, también renunciamos a ofrecer una sola respuesta. Cuando ya no hay ficción capaz de reproducir lo que ocurre, o se muestran pedazos de realidad o se genera una realidad nueva. Es en lo que estamos metidos ahora.

Llevamos 7 años haciendo espectáculos de mierda. Hemos recibido algunos premios, a algunos críticos les gustan las cosas que hacemos, incluso les gusta a algunos espectadores. A mi, sin embargo, me parecen espectáculos de mierda. Pero no imagino que pudieran ser de otra manera. Ya me duelen suficientemente tal y como son como para pensar que pudieran ser de otra manera.

4.

Hay un bonito texto de Godard:

El teatro no puede y no tiene que ser representado, solo leído y por tanto escrito, y sino, inventado y vivido. Si se representa, no puede y no tiene que ser sino en una lengua diferente de la del lugar en el que se hace la función. Chejov solo puede ser representado lejos de Rusia. Y Brecht solo en China y Somalia, y en alemán, etc. Todo esto puede ser mostrado a través de ejemplos escenificados en el cine. Por ejemplo, Hamlet esperando su entrada para el famoso monólogo, visto desde “atrás”, con el público al fondo del “paisaje”. Por ejemplo, Jannings dirigido por Murnau en la versión muda de una obra hablada de Molière. Así es como, a través de ejemplos prestados del repertorio más conocido, se demuestra que si el cine trata la realidad de cara –acaso se le puede ver la

espalda a un árbol, preguntaba Wittgenstein- el teatro solo aborda lo real de espaldas².

Puede parecer extraño, pero la sensación que describe Godard me es muy cercana. Siempre me ha sorprendido, desde que era un niño, ver a gente charlando sobre un escenario como si no hubiera nadie mirándolos. Siempre he tenido la sensación de que una enorme distancia separaba la escena de la platea. Y, en cambio, es una sensación que desaparece cuando he ido a ver espectáculos en los que no entiendo absolutamente nada de lo que se dice. Entonces, aparecen los gestos, las acciones y aquello que en un principio era terriblemente artificial, se convierte en algo cercano, como toda esa gente a la que miramos pasear cuando estamos sentados en la terraza de un bar o cuando estamos en el andén esperando el metro. Toda esa gente que ha dejado de tener una historia con un principio y un fin, gente que muestra retazos de vida pegados a sus caras, a su ropa, en una frase que pillamos al pasar.

Todo el arte del s.XX traza un recorrido que lo aleja de lo artístico para llegar a confundirse con la vida cotidiana. Es como si para ser, la pieza de arte tuviera que ser observada como hecho real y no como acontecimiento artístico. El arte huye de la ficción para dejar de estar aislado. En nuestro teatro ya no hay espacio para los intermediarios. Lo que tenemos que decir lo decimos directamente, sin necesidad de historias, personajes, desarrollos dramáticos...

El teatro y la realidad siempre han estado peleados puesto que la única función del primero es perseguir la segunda, cazarla y ofrecer una fotografía de ella para mostrar que de verdad existe, para demostrar que en este mundo que se ha convertido en una representación de sí mismo todavía es posible ver la verdad. Pero para ello hay que darse la vuelta y mirar la realidad de frente, olvidando lo artístico, olvidando lo metafórico, prescindiendo de lo teatral.

5.

Es de noche, casi las 12 de la noche. Delante de mi casa se ha formado una manifestación espontánea. Antes de llegar a la portería me acerco a la gente que está cantando, dando palmas, aporreando los semáforos y las papeleras. Están todos delante del Kentucky Fried Chicken y del Mc.Donald's (espero haber escrito estos nombres con alguna falta de ortografía, aunque no lo se). En el centro hay un grupo de hombres que parecen iraquíes. Uno de ellos lleva en alto las portadas de El Periódico y El Mundo en las que aparecen fotografías de matanzas en Irak. También hay 5 furgones de policía y un cordón de antidisturbios delante de los Fast Food. Me quedo un rato mirando. Luego me abro paso y subo a casa, me siento delante del ordenador y me pongo a escribir este artículo mientras suena el rugido de la manifestación.

Un día alguien hará teatro de esta impotencia. Un día alguien entenderá que el teatro ha de mancharse las manos de realidad. Un día alguien gritará y llorará sobre un escenario. No seremos nosotros, ninguno de nosotros.

² Jean-Luc Godard en Spécial Godard, Cahiers du Cinéma, París, 1991.